

Desastre, memoria y economía solidaria. El caso de la ciudad de Santa Fe y sus inundaciones*

Economía Social y Solidaria /
Perspectivas

Susann Ullberg de Baez

Miembro de Crisis Management
Research and Training (CRISMART)
de la Universidad
de Defensa de Suecia.

RECEPCIÓN: 26/06/15

ACEPTACIÓN FINAL: 28/08/15

Resumen

La inundación de 2003 que afectó la ciudad de Santa Fe tuvo profundas repercusiones en la comunidad urbana. En 2005, las personas afectadas todavía estaban tratando de reconstruir sus vidas, tanto materialmente como afectivamente. Los recuerdos de los momentos previos, simultáneos y posteriores a la inundación marcaron su vida diaria.

Este artículo analiza de qué manera los recuerdos de la inundación estaban intrínsecamente impregnados en la vida cotidiana y posdesastre de los barrios en el oeste de la ciudad y en particular cómo se tejían estas memorias en las relaciones de la economía solidaria de los habitantes. El estudio se basa en trabajo de campo etnográfico en dicha ciudad entre los años 2005–2011.

Palabras clave

- memoria
- inundaciones
- Santa Fe
- trueque
- solidaridad

Resumo

A enchente de 2003 que afetou a cidade de Santa Fe teve um profundo impacto na comunidade urbana. Em 2005, as pessoas afetadas ainda estavam tentando reconstruir suas vidas, tanto física como emocionalmente. As lembranças dos momentos prévios, simultâneos e subsequentes à enchente marcaram sua vida cotidiana.

Este artigo analisa como as memórias da enchente estavam intimamente imbuidas na vida do dia-a-dia e post sinistro dos bairros no oeste da cidade, particularmente como se entrelaçavam estas memórias nas relações da economia solidária dos habitantes. O estudo baseia-se no trabalho de campo etnográfico nesta cidade entre os anos 2005–2011.

Palavras-chave

- memória
- enchentes
- Santa Fe
- troca directa
- solidariedade

Para citación de este artículo

Ullberg de Baez, S. (2015). Desastre, memoria y economía solidaria. El caso de la ciudad de Santa Fe y sus inundaciones. En *Revista +E versión digital*, (5), pp. 90-97. Santa Fe, Argentina: Ediciones UNL.

1. Introducción: las inundaciones en la ciudad de Santa Fe

El 29 de abril de 2003, una catástrofe hídrica ocurrió en la ciudad de Santa Fe, Argentina. Los habitantes de la ciudad llamaron al desastre simplemente “la inundación”. A juzgar por las reacciones, la inundación fue casi como un rayo del cielo y los santafesinos se encontraban en estado de shock por la catástrofe. Sin embargo, era lejos de ser la primera inundación de la ciudad que se encuentra situada entre los ríos Paraná y Salado.

Las inundaciones han sido parte de la historia local desde la época de la conquista española en el siglo XVI. Al menos 30 inundaciones han afectado a Santa Fe desde entonces. No obstante, la inundación del 2003 fue considerada como la peor de todas, sumándose a otras crisis recientes sufridas por los habitantes en esta ciudad.

El desarrollo económico y social de la ciudad, luego de la vuelta a la democracia en 1983, se había estancado y la crisis financiera de 2001 que afectó a la Argentina entera tuvo un impacto grande también en Santa Fe. El ajuste estructural realizado en la economía argentina en la década de 1990 afectó sobre todo a los sectores de bajos y medianos ingresos. En este período Santa Fe se caracterizó por el bajo crecimiento económico y el aumento de las tasas de desempleo y de pobreza, puesto que marcó uno de los valores más altos de pobreza urbana de la Argentina. Por lo tanto, cuando se produjo la inundación en 2003 la tasa de vulnerabilidad social en esta ciudad alcanzó valores por encima de 40% de la población (Arrillaga *et al.*, 2009). En el contexto de desastres, estos números son significativos, ya que acentúan el impacto de una determinada amenaza (Hewitt, 1983; Wisner *et al.*, 2011) como, por ejemplo, una inundación. Para muchas familias en Santa Fe, en 2003 la inundación fue la gota que rebalsó el vaso.

Este artículo está basado en el trabajo de campo etnográfico translocal y transtemporal en la ciudad de Santa Fe en los años 2004–2011 para mi tesis doctoral en Antropología Social. En la tesis, analizo cómo la memoria y el olvido social de inundaciones pasadas se configuran en diferentes escenarios urbanos y el rol que juega este memo–paisaje para la reducción del riesgo y para mitigar el desastre (Ullberg, 2013). Me concentraré en los procesos de recordar y olvidar en uno de estos escenarios en particular. Veremos de qué manera la gente que vive en los barrios del oeste de la ciudad, a través de sus prácticas de la economía solidaria, produce memorias de las inundaciones.

El desastre de 2003 afectó principalmente a los barrios del oeste. En esta ocasión, la inundación dejó a salvo el distrito de la Costa, que se encuentra del lado Este de la ciudad y que es el que normalmente se inunda cuando crece el río Paraná. Ambos lugares están ubicados en tierras bajas propensas a inundaciones y en

buena parte habitadas por personas de bajos ingresos y recursos escasos. Muchos de los habitantes en los barrios de La Vuelta del Paraguay, Alto Verde y La Boca en el distrito de la Costa trabajan en el sector de la construcción y de servicio en la ciudad, y otros viven de changas y de la pesca. Los pobladores de barrios más periféricos del oeste, como por ejemplo Barranquitas, Santa Rosa de Lima y Villa del Parque, son también empleados en el sector comercial y de servicio, trabajo doméstico, vigilantes o vendedores, y además hay gente que vive del *cirujeo*. Los bajos ingresos en estas periferias urbanas hacen que las personas se involucren en prácticas económicas adicionales para subsistir. Por lo tanto, muchas de ellas también producen y venden alimentos, están inscriptas en múltiples planes de bienestar social y participan en el trueque y la economía social.

En este artículo, basado en trabajo de campo etnográfico y aplicando teorías sociales de la memoria en su análisis, argumentaré que las prácticas económicas cotidianas y los espacios en que éstas se llevan a cabo no sólo proporcionan subsistencia a las personas, sino que también evocan recuerdos de experiencias de inundaciones pasadas y prevén el riesgo futuro.

2. Breves notas sobre las teorías de la memoria

La capacidad de recordar y olvidar es una característica humana que ha intrigado a los investigadores durante mucho tiempo. Comúnmente, la memoria es considerada como una característica individual, personal y mental y es el objeto de estudio de psicólogos, psicoanalistas y neurocientíficos. Sin embargo, se ha demostrado que la memoria es también un fenómeno social. Lo que el pasado significa para la gente y la sociedad ha sido de interés antropológico y sociológico desde hace tiempo. Generalmente se le atribuye haber acuñado el concepto memoria colectiva al sociólogo francés Maurice Halbwachs (1941). La memoria social es entendida frecuentemente en la literatura de investigación como prácticas conmemorativas y objetos memoriales (ver, por ejemplo, Nora, 1989) o como prácticas narrativas (ver, por ejemplo, Fabian, 2007). Los tipos de memoria que observé en la periferia santafesina, no obstante, eran de naturaleza más evocativa. ¿Cómo podemos entender conceptualmente tales modos de recordar? El antropólogo británico Paul Connerton (2009) ofrece los conceptos binarios de *memorial* y *locus* para analizar los diferentes tipos sociales de recordar. El concepto de *memorial* se refiere a lugares, prácticas y objetos de conmemoración como los museos, archivos, monumentos y aniversarios, mientras que el de *locus* se refiere a espacios sociales en que la memoria está impregnada en la vida

* Traducción a cargo de Lucas Gabriel Cardozo (Universidad Nacional del Litoral).

“

las actividades del mercado, además, trajeron recuerdos dolorosos sobre la pérdida y el caos de la inundación. La escasez, la necesidad, el trueque y la participación en la economía informal no eran algo ajeno o extraordinario para ellos sino, por el contrario, parte de su vida diaria

cotidiana. Connerton ejemplifica el *locus* con la calle y la casa, y argumenta que recordar como *locus* opera de manera no explícita y cultural porque "las relaciones con los lugares no se viven exclusivamente ni principalmente en los momentos contemplativos de aislamiento social, sino que más a menudo en compañía de otras personas y en el proceso de hacer algo con ellos" (2009:33. Nuestra traducción).

El *locus*, acordando con Connerton, es de este modo una topografía dada por sentido en la que se inscriben los recuerdos y lo que experimentamos "sin atención, en un estado de distracción... como algo que es discretamente familiar para nosotros" (34. Nuestra traducción). Cole ha razonado a lo largo de estas líneas y señala que "muchas huellas del pasado se pueden incorporar en el entorno sociocultural de modo que no son recordadas conscientemente" (2001:2. Nuestra traducción). Me baso en el trabajo de estos investigadores para explorar cómo se recuerdan y olvidan los desastres de las inundaciones que tuvieron lugar en la periferia santafesina. Paralelamente, también baso mi estudio en cómo los antropólogos han observado en otros lugares después de las crisis y los desastres (véase, por ejemplo Revet, 2011; Silva, 2009; Visacovsky, 2002; Zenobi, 2014). Sin embargo, en la mayoría de estos casos, los procesos de la memoria han involucrado desastres singulares e inesperados. Mi estudio, en cambio, explora un mundo social en el que los desastres son recurrentes, similar a la vida social en el delta del

Ganges entre la India y Bangladesh (Harms, 2012). Sostengo que esto implica un punto de análisis de partida distinto, porque en el proceso de recordar las crisis recurrentes hay nociones en juego de la experiencia del pasado y de la expectativa del futuro. Veremos ahora las prácticas económicas y las condiciones espaciales de las personas que viven en las periferias santafesinas para comprender de qué manera constituyen la memoria de las inundaciones.

3. Sustento y memoria en el trueque

El Parque Garay está ubicado en el oeste de la ciudad de Santa Fe, es un enorme parque con árboles exuberantes, espacios verdes y pequeños lagos. Lo visité con bastante frecuencia durante mi trabajo de campo porque quedaba cerca de mi residencia en Barrio Roma, porque me gustaba visitarlo y porque el mismo trabajo de campo me llevó al lugar. Muchos de mis interlocutores vivían cerca del parque que estuvo completamente inundado en 2003. Uno de los monumentos de la inundación, hecho por la asociación vecinal local, había sido colocado allí. En 2005, el Parque Garay fue también el lugar de la Feria del Trueque, coloquialmente llamada "el trueque." El trueque es una práctica económica extendida, pero como objeto antropológico de análisis ha recibido relativamente poca atención en comparación con los debates predominantes del don y la mercancía (Ferraro, 2011). La forma de intercambio del trueque tuvo su auge en Argentina en el contexto de la crisis económica

de 2001–2002, aunque mercados de trueque aparecieron por primera vez en la provincia de Buenos Aires a mediados de la década de 1990, formaron nodos de redes sociales de solidaridad y se constituyeron en una alternativa económica a los mercados convencionales. El número de nodos aumentó rápidamente por todas partes de Argentina como un medio, para las clases medias y trabajadoras, de hacer frente a la devaluación aguda de la moneda de curso legal (Hintze, 2003; Ovalles, 2002). En el trueque, todos los tipos de bienes y servicios se comercializan sin la moneda regular, ya sea mediante un sistema de intercambio directo o con una moneda ficticia y vales, adjudicando valores diferenciados a las cosas y los servicios comercializados. A medida que la economía se estabilizó en los años siguientes, la mayoría de estos mercados se desvaneció. Durante mi trabajo de campo, me dijeron que había habido otros mercados de trueque en la ciudad de Santa Fe en esos años, pero yo sólo vi el del Parque Garay.

Al pasar por los stands, hechos con mantas puestas en el suelo, observaba a los vendedores, muchos de ellos familias enteras, que estaban de pie o sentados detrás de su puesto tomando mate y comiendo, veían a la gente pasar y charlaban con los vendedores de al lado. Los clientes potenciales pasaban lentamente, mirando a las mercancías para la venta. Los niños corrían alrededor y jugaban al fútbol en el césped. Un flujo constante de personas iba entre el trueque y los barrios Villa del Parque y Santa Rosa de Lima detrás del terraplén del ferrocarril, dándome la impresión de que la mayoría de los vendedores y los compradores procedía de esos barrios. Todo tipo de artículos estaba expuesto en las mantas: copias piratas de CD, comida en latas y cajas, pan recién horneado, productos de limpieza, lámparas y objetos de decoración; incluso el agua para el mate se calentaba y se vendía. Había en abundancia oferta de ropa de toda clase, color y talle, y de calzados. Nunca observé que se hicieran muchos negocios y menos el trueque propiamente dicho, o sea, el intercambio de bienes por bienes. Recientemente se ha sugerido que el trueque puede ser definido como el intercambio de bienes por bienes o dinero por bienes o ambos (Ferraro, 2011). Esto parecía ocurrir en el mercado del trueque del Parque Garay. Muchas mercaderías tenían precios en pesos etiquetados. A pesar de que los precios eran más bien bajos —oscilaban entre los \$1 y \$10 en el aquel tiempo— pocos negocios se hacían en ese lugar.

Volví al Trueque varias veces durante mi trabajo de campo en 2005, en compañía de Margarita, una mujer de unos cincuenta años del oeste de la ciudad, quien solía vender cosas allí. Ella me explicó que gran parte de los productos en venta en el mercado procedía de las donaciones recibidas después de la inundación. Ella me confirmó lo que tantas otras personas del oeste ya me habían dicho, que ésa había sido la peor inundación de todas. La casa de la familia de Margarita había estado completamente inundada. Ellos se habían evacuado en una escuela al otro lado de la Avenida

López y Planes. Durante la evacuación y después, ellos, como otras familias, habían recibido mucha ropa y zapatos. Representantes de ONG locales, como Cáritas y Cruz Roja, ya me habían hablado en entrevistas de la enorme cantidad de ropa donada que había llegado desde diferentes puntos del país a Santa Fe como respuesta a la catástrofe de 2003. Gran parte de las donaciones recibidas no sirvió de nada y nunca fue utilizada. Mucha ropa de la que se donó no estaba en condiciones de usarse y además era excesiva la cantidad que había con relación a los necesitados. Este desencuentro entre la necesidad y la donación es un fenómeno bien conocido de muchas situaciones de desastre (Lasalandra, 2008; Taylor, 1979). En Santa Fe, las ONG mencionadas y otras recibieron cargas de ropa con el fin de clasificarla y distribuirla adecuadamente para los evacuados. Si bien mucha ropa que recibió Margarita y tantos otros evacuados servía, otras prendas no se correspondían con los talles y las necesidades de los evacuados, y las que no se utilizaron fueron, luego, intercambiadas o vendidas en el Mercado del Trueque, además de los alimentos secos restantes que también habían recibido durante la evacuación. Claramente, dos años después de la catástrofe, era dinero lo que se necesitaba para sobrevivir en la ciudad de Santa Fe. Las donaciones se convirtieron en parte del capital de los damnificados por las inundaciones, quienes peleaban duramente para salir de la pobreza. Dicha mercadería no sólo les proporcionaba una oportunidad, sino que materializaba la memoria del desastre reciente dentro de su economía cotidiana. En este sentido, el Trueque fue de vital importancia para la subsistencia de muchas personas en la periferia urbana. Sin embargo, el gobierno municipal, en el año 2005, había anunciado que el Trueque ya no sería permitido en el Parque Garay. Supe que los vecinos del barrio de clase media en el extremo oriental del parque se habían quejado por el ruido y la basura. Como esto molestó a las personas que asistían al mercado, pintaron un grafiti exigiendo al intendente un acuerdo para un nuevo lugar donde colocar el mercado, porque “más de 1500 familias quieren soluciones [a sus situaciones de subsistencia]”. El grafiti estaba firmado por “Los inundados de Villa del Parque”. A corto y largo plazo, los conflictos sobre el espacio son comunes en contextos posdesastre. El desplazamiento de las víctimas del desastre en términos de evacuación temporal o reubicación permanente desafía las nociones existentes del uso del espacio (Gupta, 2011; Weber y Peek, 2012). Un desastre en sí mismo y la recuperación inmediata constituyen una especie de fase liminal en la que se crea y retiene a la comunidad altruista, sufriendo y solidarizándose con las víctimas (Oliver-Smith, 1996). Sin embargo, con el tiempo, una especie de “fatiga de desastre” (Peek, 2012) se establece, ya que la comunidad afectada espera que las cosas vuelvan a la normalidad. Igualmente sucede con el uso de determinados espacios. Durante la inundación en Santa Fe, éste

fue el caso de las escuelas que albergaron evacuados. Después de algunas semanas, las familias que no se inundaron empezaron a reclamar que las escuelas debían ser *des-evacuadas* porque sus hijos tenían que volver a clases.

El Trueque en el Parque Garay había sido una manera para hacer frente a las crisis recurrentes. El colapso económico de 2001–2002 y la inundación de 2003 afectaron tanto a las clases medias como a los sectores pobres en el oeste de la ciudad. En aquellos años, el Trueque fue un medio de vida para ambos. Y a medida que fueron recuperándose las clases medias afectadas, el trueque terminó siendo innecesario para muchas de estas familias. Las actividades del mercado, además, trajeron recuerdos dolorosos sobre la pérdida y el caos de la inundación. Por lo tanto, desde la perspectiva de las clases medias que vivían al lado del Parque Garay el Mercado del Trueque eventualmente les parecía fuera de lugar. Pero para las personas que vivían en los barrios pobres del otro lado del parque y de las vías, el Mercado de Trueque seguía siendo vital para su sustento. La escasez, la necesidad, el trueque y la participación en la economía informal no eran algo ajeno o extraordinario para ellos sino, por el contrario, parte de su vida diaria.

A mi regreso a Santa Fe, en 2008, este Mercado del Trueque ya había desaparecido. Había sido trasladado varias veces por la Municipalidad: primero al patio de la vieja Estación Mitre, al sureste, y luego a la ciclovía en el barrio Don Bosco, en el norte de la ciudad. En 2009 me dijeron que el mercado se había trasladado otra vez. Recuerdos de inundación se movilizaban a otras partes de la economía suburbana.

4. Lugar y solidaridad en la periferia urbana

Villa del Parque es un barrio en el oeste de la ciudad situado entre los ferrocarriles Mitre y Belgrano. Ambas líneas de ferrocarril solían ser muy utilizadas, pero desde la década de 1990 sólo los trenes de carga pasan de vez en cuando. Allí, en los años 50, como en otros barrios del oeste, los niños solían correr detrás de los trenes que ingresaban a la ciudad mientras gritaban a los pasajeros: “¡Tire dié!”¹ El barrio entonces se llamaba El Triángulo. Luego cambió el nombre por Padre Catena, un legendario sacerdote católico que vivió y trabajó en el barrio entre los años 1950 y 1974, cuando tuvo que abandonar la ciudad debido al clima político violento de la época. Me dijeron que finalmente había muerto en la ciudad de Tandil, provincia de Buenos Aires. Osvaldo Catena había pertenecido al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, inspirado en la teología de la liberación. En Argentina, como en otros lugares de Latinoamérica, los sacerdotes que participan

en este movimiento trabajaban fundamentalmente en los barrios pobres y de la clase trabajadora del país (Burdick, 1995). Ramón vivía en Villa del Parque desde hacía muchos años cuando yo lo conocí, en 2005. Él nunca conoció al Padre Catena ya que llegó al barrio después de que el sacerdote se había ido, pero hizo hincapié en el “espíritu del Padre Catena” que aún reinaba en el barrio. Con esto Ramón se refería a un fuerte sentido de identidad del barrio y a la solidaridad entre sus vecinos. Ramón solía ser un miembro activo en la vecinal de Villa del Parque en la década de 1980. Según él, la asociación de vecinos había alcanzado varios logros, como la electricidad y el pavimento de algunas calles, debido a este espíritu particular:

“Solía haber un fuerte sentido de comunidad en Villa del Parque en aquellos días, no como hoy en día, cuando la vecinal es cooptada por los punteros y el manejo de la inundación de 2003. Más que unirnos, esto nos ha dividido aún más.”

La opinión de Ramón se hizo eco de la voz de muchos santafesinos con los que conversé, especialmente en los barrios de bajos ingresos. Se decía que las relaciones comunitarias se habían deteriorado en las últimas décadas, pero en particular en los años que siguieron a la crisis económica y la inundación. Estos cambios se describían en términos de la fragmentación de la comunidad, la politización y la alienación entre los vecinos.

Cuando se iniciaron los procedimientos de indemnización después del desastre en 2004–2005 y se calcularon los daños surgió la rivalidad entre vecinos y la desconfianza hacia las autoridades gubernamentales. El resentimiento entre vecinos y parientes se exacerbó debido a las diferencias en la indemnización que las familias recibieron. Pablo, un hombre joven, nacido y criado en el barrio de Barranquitas, lo expresó de esta manera en una entrevista realizada en el año 2005:

“Hay un montón de gente a las que ellos [el gobierno] ya les han pagado [las indemnizaciones] (...) un montón de gente del otro lado de la [avenida] López y Planes han recibido una indemnización, y ni siquiera el agua les llegó [al nivel de] la vereda. Bueno, ¿qué se puede hacer con esto? Siempre hay alguien que se aprovecha de la desgracia de los demás.”

Ramón, Pablo y muchos otros querían decir que, si bien la compensación económica contribuyó a la reconstrucción material, también profundizó los conflictos ya existentes de las relaciones sociales en el barrio. Esto es similar a lo que se observó después de la inundación de Buffalo Creek en los Estados Unidos, cuando el desastre sólo exacerbó las condiciones existentes de vulnerabilidad social (Erikson, 1976).

1) Esta expresión sería, literalmente, “¡Tire[me] diez [centavos]!”.

“

el Mercado de Trueque constituía un espacio en el cual las personas afectadas por las distintas crisis, incluyendo la inundación de 2003, podían hacer frente a las condiciones de vulnerabilidad por medio de intercambio de bienes.



Tales nociones de solidaridad y conflicto en las condiciones urbanas están sujetas a la memoria situada en tiempo y espacio. Ramón estaba convencido de que el deterioro de las relaciones sociales se debió al crecimiento cada vez mayor de la pobreza en las últimas décadas, sobre todo después de la inundación. Él me dio un ejemplo en el que comparaba el pasado y el presente. En la parte sur del barrio, junto al terraplén del ferrocarril, se encuentra una calle llamada Solidaridad. Las ramas de un sauce, en la esquina, casi cubrían el cartel de la calle. Según Miguel Cello, periodista santafesino, la calle tiene su nombre “en honor de la acción de todos los vecinos del barrio Villa del Parque que en 1972 trabajaron sin cesar y de manera coordinada para contener las aguas del Salado [río], que amenazaba con inundar todo el lugar (1997:125).

Ramón pasaba por esta calle todos los días camino al trabajo. Desde su punto de vista, el nombre de la calle recordaba no el desastre de 1972 en particular, sino la solidaridad y el sentido de comunidad que él reconocía como propio del barrio. En 2011, pregunté a algunos de los residentes de la calle Solidaridad por qué tenía ese nombre. Ellos respondieron que no tenían ni idea. Una señora de unos sesenta años, que trabaja en su pequeño jardín, agregó: “¡Debe haber sido la idea del Padre Catena, seguro!”. Esto podría ser cierto, según Ramón, porque fue durante esos años en que vivió el sacerdote en el barrio que se asignaron los nombres a las calles: calle la Vecinal en reconocimiento a la asociación vecinal; la Cristo Obrero que conmemora a la escuela primaria fundada por el Padre Catena; el pasaje Trabajo, que recuerda una protesta que llevaron a cabo los residentes contra el gobierno militar por el derecho a trabajar como *cirujas* en la década de 1970; y la calle Liberación, que conmemora cuando los residentes de Villa del Parque, en 1971, lograron que el Padre Catena, que estaba preso, fuera puesto en libertad. Estos ejemplos de los nombres de las calles de Villa del Parque ilustran que la memoria del barrio incluyó eventos importantes en términos de empoderamiento comunitario. Pero en contraste con el espíritu comunitario que los nombres de aquellas calles refieren, el joven Pablo considera que las relaciones de la comunidad habían sido siempre precarias:

“Desde que tengo memoria he vivido aquí [en Barranquitas] con mi familia. Mis viejos construyeron esta casa. La carnicería en el frente [de la casa] fue [construida por] de mi abuelo, pero en lugar de dejársela a mi papá, la vendió ¡y dejó [a mi familia] encerrada en este maldito lugar! No me gusta [aquí] porque nadie te ayuda con nada. Pienso que esto [no tenía nada que ver con la inundación, sino que] siempre fue así... Este lugar no te ayuda a progresar, por el contrario, te tira para abajo, ya que [la gente en el barrio] te pone en la misma mierda que son ellos. Quiero irme de este infierno, simplemente que no he podido todavía. Sabés que estas personas viven en la pobreza y aprenden muchos trucos y quieren meterte en la misma bolsa. También tengo problemas con la policía: como vivo aquí [en

Barranquitas] siempre tienen la excusa perfecta para llevarme [a la comisaría]. Ellos [la policía] me encuentran en la calle y me preguntan de dónde soy, y cuando digo Barranquitas, inmediatamente me hacen subir en el patrullero. Honestamente, hay personas que quieren progresar [en la vida], pero entonces el gobierno no te deja.”

Tanto Ramón como Pablo experimentaron la vida social en barrios pobres del oeste de la ciudad durante la mayor parte de sus vidas, pero tienen diferentes recuerdos del pasado. Esta diferencia refleja los veinte y tantos años de diferencia de edad entre ellos. Como subraya Borgström:

“Tenemos que basarnos en nociones de la historia vivida por la gente, no sólo a nivel intelectual, sino también con el paso de los años experimentados por el individuo en todas sus capacidades... afecto, hábito, comprensión, todos los aspectos deben ser entendidos jugando un papel, tanto para la apreciación [del pasado] como la capacidad de comunicarse de una manera sensible y competente sobre el [mismo]” (1997:36. Nuestra traducción).

Ramón no había vivido en Villa del Parque en el momento en que estaba el Padre Catena, pero es contemporáneo al sacerdote y sus obras en Santa Fe. Por eso puede recordar este espíritu. En cambio, la memoria de Pablo da cuenta de la vulnerabilidad social en términos de conflicto y la falta de comunión como signo de la pobreza y la marginalización en el oeste de la ciudad. Como se desprende de estos ejemplos, la inundación fue sólo una de las tantas crisis que la gente de Villa del Parque y otros barrios pobres de Santa Fe enfrentaron. Memorias de tales acontecimientos pasados están impregnadas en la actual experiencia de condiciones de vulnerabilidad y se relacionan con expectativas de pérdidas futuras. Esto es similar a lo que ocurre con los ocupantes ilegales en el delta del Ganges, que viven en condiciones sociales y ambientales de vulnerabilidad y cuyos “recuerdos del pasado se construyen con recursos (...) de la destitución normalizada” (Harms, 2012: 119. Nuestra traducción).

5. Desastres recurrentes, vulnerabilidad y olvido

En este artículo he abordado cómo el pasado de las inundaciones de Santa Fe se recuerda a través de las prácticas cotidianas y de los lugares que integran la economía de la solidaridad en la periferia de esta ciudad, más precisamente en los barrios con mayor vulnerabilidad ante las amenazas. Sus modos de recordar las inundaciones pasadas impregnan intrínsecamente la vida cotidiana, más específicamente en la economía de la solidaridad. El mercado de trueque constituía un espacio en el cual las personas afectadas por las distintas crisis, incluyendo la inundación de 2003, podían hacer frente a las condiciones de vulnerabilidad por medio

de intercambio de bienes. Este espacio fue también un lugar de la memoria de las inundaciones con la circulación de objetos donados en el marco de la ayuda humanitaria en la catástrofe. Las memorias de solidaridad y cohesión social del pasado y del presente, como también del conflicto y la fragmentación, fueron significativas para hacer frente a las crisis recurrentes y a la tensión constante en las áreas pobres. A través del trabajo de campo me di cuenta de que esas memorias formaban parte de la vida cotidiana tanto del pasado como del presente.

Connerton (2009) sostiene que la principal diferencia entre el *locus* y el *memorial*, es decir, los modos evocativos y conmemorativos

de recordar, es su relación con el olvido. El *memorial* constituye una lucha contra el olvido, es la condición de memoria dada por sentido que hace que el *locus* no permita el olvido. Para las personas que viven en la periferia de la ciudad de Santa Fe, el riesgo de inundación es parte de su vida. Su historia consiste de inundaciones recurrentes y pérdidas repetidas y son muy conscientes de que esto también puede ser su futuro. Los terraplenes han sido destruidos muchas veces y no pueden ser completamente confiables. Como este artículo lo ha demostrado, el pasado inundado también es presente y futuro en sus vidas a través de las prácticas y los lugares cotidianos.

Referencias bibliográficas

- Arrillaga, H.; Grand, M.L.; y Busso, G. (2009). Vulnerabilidad, riesgo y desastres. Sus relaciones de causalidad con la exclusión social en el territorio urbano santafesino. En Herzer, H. y Arrillaga, H. (comps.), *La construcción social del riesgo y el desastre en el aglomerado Santa Fe* (59–104). Santa Fe: Ediciones UNL.
- Borgström, B.E. (1997). *Cherished Moments: Engaging with the Past in a Swedish Parish*. Stockholm: Almqvist & Wiksell.
- Burdick, M. (1995). *For God and Fatherland: Religion and Politics in Argentina*. Albany, NY: State University of Chicago Press.
- Cello, M. (1997). *Calles de Santa Fe: ¿Por qué? ¿Por quién?* Santa Fe: Ediciones de la Cortada-UNL.
- Cole, J. (2001). *Forget Colonialism? Sacrifice and the Art of Memory in Madagascar*. Berkeley, California: University of California Press.
- Connerton, P. (2009). *How Modernity Forgets*. Cambridge UK: Cambridge University Press.
- Erikson, K. (1976). *Everything in its path: Destruction of community in the Buffalo Creek flood*. New York, London: Simon & Schuster.
- Fabian, J. (2007). *Memory against Culture. Arguments and Reminders*. Durham and London: Duke University Press.
- Ferraro, E. (2011). Trueque: An Ethnographic Account of Barter, Trade and Money in Andean Ecuador. *The Journal of Latin American and Caribbean Anthropology*, 16(1), 168–184.
- Gupta, M. (2011). Settlement and shelterreconstruction. En Wisner, B.; Gaillard, J. & Kelman, I. (comps.), *Handbook of Hazards and Disaster Risk Reduction* (553–565). London: Routledge.
- Halbwachs, M. (1941). *On Collective Memory*. Chicago: University of Chicago Press.
- Harms, A. (2012). Squatterson a shrinking coast. En Luig, U. (comp.), *Negotiating disasters: politics, representation, meanings* (105–128). [S.l.]: Peter LangGmbH.
- Hewitt, K. (1983). Interpretations of Calamity: From the Viewpoint of Human Ecology. London: Unwin Hyman.
- Hintze, S. (ed.). (2003). *Trueque y Economía Solidaria, 13*. Jornada Nacional sobre Trueque y Economía Solidaria, Universidad Nacional General Sarmiento/Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)/Prometeo Libros.
- Lasalandra, M. (2008). *Twelve Myths and Misconceptions in Disaster Response*. Disponible en: <http://archive.sph.harvard.edu/now/20080201/twelve-myths-and-misconceptions-in-disaster-response.html> (recuperado el 27 de septiembre de 2012).
- Nora, P. (1989). Between Memory and History: Les Lieux de Mémoire. *Representations, Special Issue: Memory and Counter-Memory*, (26), 7–24.
- Ovalles, E. (8 de mayo de 2002). *Argentina es el país del mundo en el cual el fenómeno del trueque tiene mayor dimensión social*. Disponible en: <http://www.nuevamayoria.com/invest/sociedad/cso080502.htm> (recuperado el 7 de agosto de 2012).
- Peek, L.A. (2012). They Callit "Katrina Fatigue": Displaced Families and Discrimination in Chicago. En Weber, L. & Peek, L.A. (comps.), *Displaced: Life in the Katrina Diaspora* (31–46). Austin: University of Texas Press.
- Revet, S. (2011). Remembering La Tragedia: Commemorations of the 1999 Floods in Venezuela. En Margry, P.J. & Sánchez Carretero, C. (comps.), *Grassroots Memorials: The Politics of Memorializing Traumatic Death* (208–28). New York: BerghahnBooks.
- Silva, T. (2009). *Radiation Narratives and Illness: The Politics of Memory on the Goiânia Disaster*. Lightning Source Incorporated.
- Taylor, A.J. (1979). Assessment of VictimNeeds. *Disasters*, 3(1), 24–31.
- Ullberg, S. (2013). *Watermarks: Urban Flooding and Memoryscape in Argentina*. Stockholm: Acta Universitatis Stockholmiensis.
- Visacovsky, S.E. (2002). *El Lanús: memoria y política en la construcción de una tradición psiquiátrica y psicoanalítica argentina*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Weber, L. y Peek, L.A. (eds.) (2012). *Displaced: Life in the Katrina diaspora*. Austin: University of Texas Press.
- Wisner, B.; Gaillard, J. y Kelman, I. (eds.) (2011). *Handbook of Hazards and Disaster Risk Reduction*. London & New York: Routledge.
- Zenobi, D. (2014). *Familia, política y emociones: Las víctimas de Cromañón entre el movimiento y el estado*. Buenos Aires: Antropofagia.